

Rinoceronte

Revista de Cultura

quiénes somos · contacto

04

p a r t i r

c o n t i n u a r

c o n t a r

e n s a y a r

c e l e b r a r

SU- ma- rio

Diseño Paula Ripesi
www.gatoenelagua.com.ar

Ilustraciones del número 4: Agradecemos la colaboración de
Omar Moreno, Maestro en Artes Plásticas y Visuales.
Especialista en grabado de la Universidad Nacional de Colombia.

 @nicanor_schiaffini

Contar

Juan Pawlow

Florencio

de Juan Pablo Bertazza

La Cita

de Omar Moreno

Partir

Gabriela Cuomo

Ese gran simulacro

de M. Benedetti

Continuar

Patricia Martínez Bin

Almudena

de Juan Pawlow

Ensayar

Daniel Ripesi

Diálogo de poetas contrariados

Anfitrión de esta fantasía

Celebrar

Imborrables

Conversamos con Paula Ripesi

La yapa

La Yapa 1:

Axolotl, cuento de Julio Cortazar

La Yapa 2:

Almudena, novela de Juan Pawlow.

Editorial

La vida de una mosca depende de un rinoceronte

“la memoria del hombre no es una suma, es un desorden de posibilidades indefinidas”

J.L.Borges

La mosca del rinoceronte es la especie de mosca más grande conocida en África. No podría existir sin el rinoceronte blanco y negro, ya que depende de él para reproducirse.

Los rinocerontes tienen fama de ser animales tímidos y solitarios, muy territoriales, sin embargo, observadores nocturnos de los pozos de agua desmienten este mito, ya que han descubierto que los rinos se dan cita a menudo, se juntan a la luz de la luna a beber juntos.

Las moscas por su parte, sobre todo las hispánicas no solo han frecuentado el Siglo de Oro, a veces se hacen cargo de la función cómica y les toca representar los vicios de la humanidad, cuando no cumplen papeles moralizantes, o se vuelven poema, pequeñas, revoltosas y evocadoras

Por nuestros pagos las moscas sobrevuelan en *El matadero de Mansilla*, no están ausentes de las páginas de Arlt, y además del famoso poema de Machado, por aquí se posaron en los versos de Zelarayán: “Piedad por esas imbéciles moscas”, mientras que para Lamborghini “los chicos mueren como moscas” allá por el año 1972; mismo año qué, en un congreso organizado por Oscar Massota, él pronuncia la frase “Esas imbéciles moscas” que así le ayudan a criticar el progresismo político de la época.

Podemos suponer que Arlt, Zelarayán, Masotta y Lamborghini habían leído a Gombrowicz que se quejaba en Ferdydurke: “Basta el vuelo de una mosca para que el lector se distraiga”

Distraídos o no, lo cual es una forma de leer, “Cada escritor tiene una mosca revoloteando alrededor de su cabeza” como decía Casetti en *El suplicio de las moscas*.

Palabras que zumban gracias al rinoceronte que permite con sus tripas que se reproduzcan.

Palabras que huyen como moscas o insisten en posarse un rato en la página, ajenas a las reglas de gramática.

Si de rinocerontes y moscas se trata las palabras andarán entre tripa y viento, o entre carne y letra, casi al borde de la extinción como las especies que nos nombran, a veces susurro, a veces memoria,

encuentros y desencuentros, citas fallidas o logradas, sonido que vuela, livianas a veces, molestas también.

Hace un año publicamos la embestida del rinoceronte, inauguramos un territorio compartido de poemas, cuentos, ensayos, novelas, textos propios, textos que nos gustan, de otros, de varios. En la primera editorial advertimos

Ni cero, ni uno, ni punto de partida o inaugural, simple embestida, así de inevitable, ciega, imparable, sin propósito o destino fijado de antemano.

*...revista rinoceronte, tan inútil como quería Leopardi, por el placer de leer, de escribir...
empecinados
gira que gira, alrededor de alguna letra por nada, por que sí.*

Pasó un año y aquí estamos.

Rinoceronte que sale de paseo encuentra con quienes beber en la noche, los que se acercan al pozo, estamos agradecidos por eso.

En este número contamos con la colaboración que nos han ofrecido: Omar Moreno, desde Colombia, y desde Praga Juan Pablo Bertazza que vuelve a acompañarnos con un cuento.

Citamos a Borges porque nos gusta, nos acercamos al poema, a la memoria, a lo que teje y desteje, recordamos a Benedetti. Almudena nos conquistó, la novela la compartiremos por capítulos todos los domingos.

Y vamos ensayando: “Entre las palabras y nosotros hay un secreto que disimulamos bastante mal: y es que son ellas las que nos pronuncian más que nosotros a ellas”

Otra vez, tan inútil como siempre, tan necesaria cada vez, Rincoronte Revista presenta su número 4.

Celebramos a Imborrables- Álbum ilustrado de personajes y temas de la literatura del Río de la Plata, de Luis Gusmán y Salvador Gargiulo (eds) y conversamos con Paula Ripesi que nos habla de su experiencia en el Diseño de Imborrables.

No hay Rino que no nos deje su Yapa, esta vez doble: Un cuento de Cortázar y el Pdf de Almudena, para quienes no pueden esperar cada domingo para seguir leyendo.

Y aquí seguiremos “inventando presente”.

Patricia Martínez Bin

Contar

Juan Pawlow

La cita: el primer encuentro con el otro siempre está teñido por alguna agitación interior. “Ansiedad”, es un nombre de la época al que se acude para llamar un estado que acompaña muchos actos cotidianos; “ansiedad” puede ser también una palabra justa para definir la expectativa anterior a una cita.

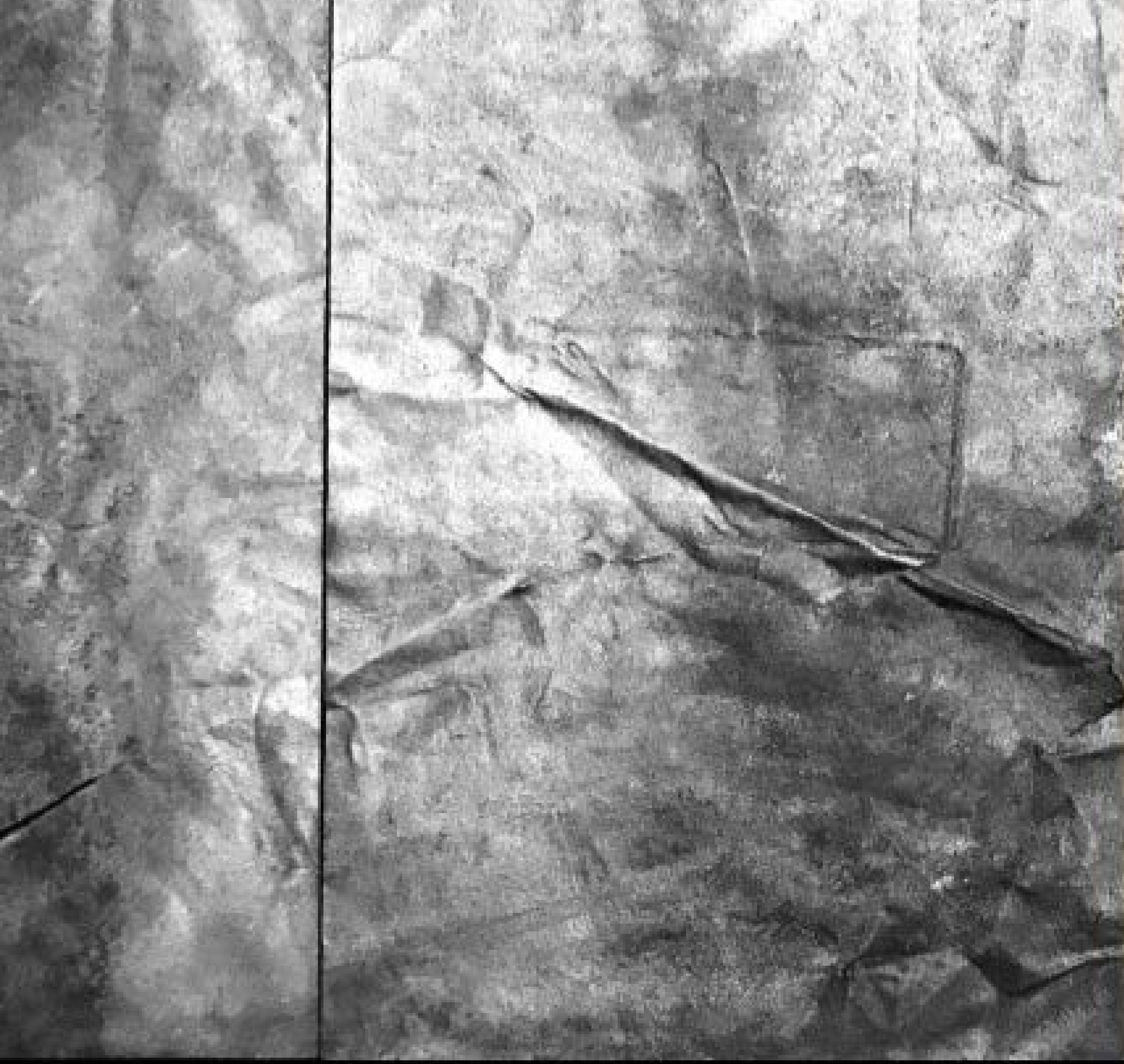
Una cita puede despertar fantasías, ¿y cómo no hacerlo? Puede generar ilusiones, sueños. Incluso puede ser enteramente onírica: la cita que soñamos.

La cita siempre es una promesa. Aunque el encuentro pueda devenir en un rápido desencuentro. ¿Por qué falla un encuentro que promete? Por azar. Porque no hubo ese azar que despertara una sonrisa cómplice. Porque no se cruzó una mirada deseante. Porque las palabras utilizadas no tocaron ninguna fibra sensible en el otro:

Tal vez si la deriva de la charla hubiese sido otra, si otras hubiesen sido esas palabras, si hubiese habido en el oído de cada uno cierta disposición a dejarse embelesar, tal vez, solo tal vez, la cosa podría haber tomado otro rumbo.

Presentamos en este número de Rinoceronte dos relatos sobre la posibilidad de algún encuentro, -o la deriva de un desencuentro-. Juan Pablo Bertazza nos envía desde Praga su cuento “Florencio”. Mientras que Omar Moreno desde Bogotá nos mandó un relato titulado justamente “La cita”.

Les agradecemos a ambos la generosidad y el deseo de participar en nuestro Rinoceronte.



Florencio

Juan Pablo Bertazza

Decir que andaba sin buscarlo parece un chiste pero es absolutamente cierto. Sucedió durante la primera cita con mi actual esposa, una periodista de la televisión checa, en el Museo Nacional. A pesar de las recomendaciones, recién me había decidido a conocerlo cuando llevaba más de tres años viviendo en Praga, quizás porque el aspecto de ese inmueble que corona la Plaza Wenceslao me hacía pensar más en un edificio gubernamental que en un museo.

Luego de una serie de posibles actividades que pensamos con muchas ganas pero pocas ideas, ella propuso sin demasiada convicción esa salida y a mí me pareció perfecto. Como toda primera cita, el comienzo no fue nada fácil: el exceso de calefacción, los empujones de la gente y algunas incompatibilidades en nuestros intereses amenazaban con destruir para siempre aquello que intentábamos armar. El momento más crítico fue cuando le mostré emocionado los restos de un meteorito que cayó en Argentina y, más precisamente, en la provincia de Chaco, donde casualmente se estableció una importante comunidad checoslovaca. Ella ni siquiera pareció inmutarse, como si solo tuviera ojos para los ejemplares de moldavita, esa especie de kryptonita checa a la que no dejaba de sacarle fotos y todo lo que fuera más allá de las fronteras nacionales estuviera de más.

A punto de perder las esperanzas, lo vi en un frasco de formol y me cargué de alegría y confianza. En el centro de la sección de anfibios había un axolotl que, aun congelado en su sueño de formaldehído, me guió en la difícil tarea de derretir la férrea defensa de las mujeres checas y pasar la prueba del primer beso, siempre bajo la mirada

bizca y albina de ese curioso animal que, tal como pasé a contarle a mi acompañante luego de nuestro categórico primer beso, había visto por primera vez no en París sino en Buenos Aires, en una caminata por Avenida Corrientes con la que intentaba (eso no se lo conté) despejarme un poco de ese angustiante estado de realidad que generan los primeros chaparrones de una relación que empieza muy bien y no para de seguir mal.

También andaba sin buscarlo cuando encaré por Scalabrini Ortiz y (el azar en este punto fue absoluto) entré casi sin querer a una veterinaria bastante angosta pero muy profunda con luces bajas y muchas peceras. Me quedé viendo un buen rato las jaulas de los conejos, los reptilarios y las peceras. Me llamó la atención un pez globo y, justo después, lo vi.

No recuerdo si había uno solo porque fui corriendo a preguntarle al primer vendedor con el que me crucé (a pesar de que el local estaba vacío abundaban los vendedores) si eso era un axolotl. Había leído el cuento de Cortázar, quizás más de una vez, pero nunca había visto uno. Ni siquiera en fotos. Mi conocimiento de ese extraño animal era absolutamente abstracto o, mejor dicho, literario.

Apenas el muchacho me contestó —sin haber entendido del todo la pregunta— que debían quedar algunos señalándome el lugar, se me ocurrió comprarlo. Traté de explicarle que ya lo había visto, que estaba en la misma pecera que el pez globo, lo cual me parecía un poco peligroso, solo quería confirmar si esa cosa era un axolotl y, en todo caso, averiguar qué tipo de cuidados requerían.

El muchacho pareció cansarse antes de empezar a responder, y, luego de un movimiento fugaz de sus ojos señalando el fondo del local, me dijo que lo mejor sería que hablara con el oriental.

Pensé que el dueño de la veterinaria era uruguayo, pero apenas enfilé hacia la dirección que el muchacho señalaba vi a un japonés bajo y robusto, canoso y con muchas manchas en la cara que esforzaba sus finísimos ojos para poder entenderse con una vieja computadora.

Le pedí perdón por interrumpirlo y le pregunté qué había que tener en cuenta para criar un axolotl. Luego de varios segundos durante los cuales pensé que ni siquiera me había escuchado, el oriental decidió levantar su cabeza con absoluta parsimonia y, luego de mirarme casi sin ganas, volvió a prestar atención a la computadora.

Ya un poco nervioso le pregunté si estaba muy ocupado. Otra vez, volvió a tomarse unos segundos en digerir mi intervención sin mosquearse, como si tuviera que decodificar un mensaje muy complejo, y luego de mirarme a los ojos me contestó: “un hombre siempre debe estar ocupado”, para volver a sumergirse una vez más en la luz demodé de su computadora de escritorio.

Estuve a punto de irme del negocio pero las ganas eran todavía un poco más fuertes y le dije, en un tono más parecido a un ruego que a una queja, que estaba interesado en el axolotl, pero quería saber qué tipo de cuidados necesitaban.

Incluso un poco antes de que terminara mi frase, mientras me mostraba una sonrisa inesperada, el oriental me contestó que el axolotl era un ser vivo y, como tal, necesitaba todo aquello que yo pudiera darle. Recuerdo que miré en dirección a la puerta, quizás para mostrarle a ese Confucio pedorro mi intención de irme, o tal vez para hacer que los vendedores se apiadaran un poco de mí y me ahorraran ese trámite nefasto, pero me encandilaron un poco los rayos de sol que entraban de frente para desparramarse y caer vencidos en la humedad de la veterinaria.

Cambié de estrategia y le pregunté si vendían peceras, comida para axolotl, anticloro para el agua y todo lo que hiciera falta. De repente, el oriental abandonó por un momento sus patéticas parábolas y contestó un rutilante y pragmático “por supuesto”.

Terminó de pulsar una letra del teclado con la elegancia de un pianista, antes de guardar, en una nueva carpeta contenida en una infinidad de carpetas superpuestas, una planilla de Excel y me pidió que lo esperara unos minutos en ese mismo lugar, como si fuera posible perderme entre las peceras.

Volvió con un tanque mediano de acrílico, una caja que parecía contener una lamparita gigante y dos frascos grandes: uno azul y blanco, el otro verde y amarillo. Luego de interminables rodeos que incluyeron eso de que hay que comer para vivir y no vivir para comer y algún otro proverbio que borré de mi mente, lo que saqué en limpio es que ese alimento balanceado que me estaba vendiendo no estaba mal para el axolotl, pero había que complementarlo

con gusanos, pececitos y larvas de moscas que, en ese momento, no tenían.

Noté que cada vez que yo le hacía alguna pregunta, el oriental se retraía como si yo fuera a apestarlo, pero cuando él me hablaba a mí se acercaba inclinando su cara a la altura de mi boca y exponiendo de una forma brutal sus horribles manchas faciales.

Mientras caminaba a casa con el axolotl flotando en una bolsa hinchada y a medio llenar, junto con todos los accesorios, pensé que acababa de cometer una pequeña locura pero, a la vez, estaba muy contento. Preparé la pecera siguiendo las indicaciones del anticloro y cuando el ínfimo corte en la bolsa provocó una pequeña catarata a través de la cual el axolotl accedió a su nuevo hábitat me acordé del cuento de Cortázar.

Fui casi corriendo a mi habitación y luego de revisar el índice encontré el relato que lleva como título, precisamente, Axolotl.

Volví al living donde había puesto la pecera, sobre una mesa negra destinada más a un televisor que a un curioso anfibio de origen mexicano y se me ocurrió leernos, al axolotl y a mí, el cuento de Cortázar. A pesar de que, como ya dije, no era la primera vez que lo hacía, sentí en esa lectura algo inaugural: un poco porque no me acordaba mucho del relato y otro poco porque esa lectura tenía algo de rito. Cuando por fin el protagonista decide suspender su interés por leones y leopardos y encuentra a los axolotls, lo vi al mío y me di cuenta de que la descripción del cuento coincidía de

manera absoluta con el ejemplar que tenía en casa: no solo por lo de su cabeza triangular y su cuerpo rosado y casi transparente que deja entrever sus órganos internos (luego me enteraría de que existen especies de color oscuro a los que, por alguna razón, llaman “verdes”) sino, sobre todo, por sus hipnóticos ojos dorados con forma de pequeña hendidura que, de hecho, se roban todo el protagonismo en el cuento de Cortázar. También me enteraría, poco después, de que no todos los axolotls tienen los ojos así: esos son los albinos pero la mayoría tienen dos puntos negros rodeados por una aureola celeste. En el cuento de Cortázar, el puente entre el narrador y los axolotls se da precisamente a partir de esos ojos casi ausentes que parecen succionar la mirada del humano.

Interrumpía una y otra vez la lectura para digerir la enorme sorpresa de que ese último ejemplar que había encontrado en una veterinaria de mala muerte fuera idéntico al que el narrador del cuento elige entre los nueve que conviven en la pecera. Porque no era solo la descripción física sino también esa inmovilidad con la que, tal como explica el cuento, los bichos parecen recordar un tiempo en que ellos dominaban el mundo, mientras permanecen atentos al exterior de la pecera como testigos y jueces de un secreto inescrutable.

Solo pude sustraerme al asombro que me provocaban las coincidencias entre ese extraño ser y las descripciones del relato para volver a pensar que Cortázar es extraordinario porque impregna de sentido lo que, a simple vista, parece vacío. Tiende en ese cuento un puente fantástico entre las personas y esos enigmáticos seres que, en tanto

larvas, como dice el propio Cortázar, son también máscaras y, por lo tanto, fantasmas. Incluso lo hace con una acotación tan brillante como cierta que, sin embargo, puede pasar desapercibida: el parecido físico de los monos con el hombre es justamente lo que evidencia sus enormes distancias; mientras que las enormes diferencias físicas entre axolotls y humanos no hacen más que acercarlos.

Lo interesante es que ese misterioso puente entre personas y axolotls puede aplicarse también a tierras distantes, a los muertos y a los que aún no nacieron.

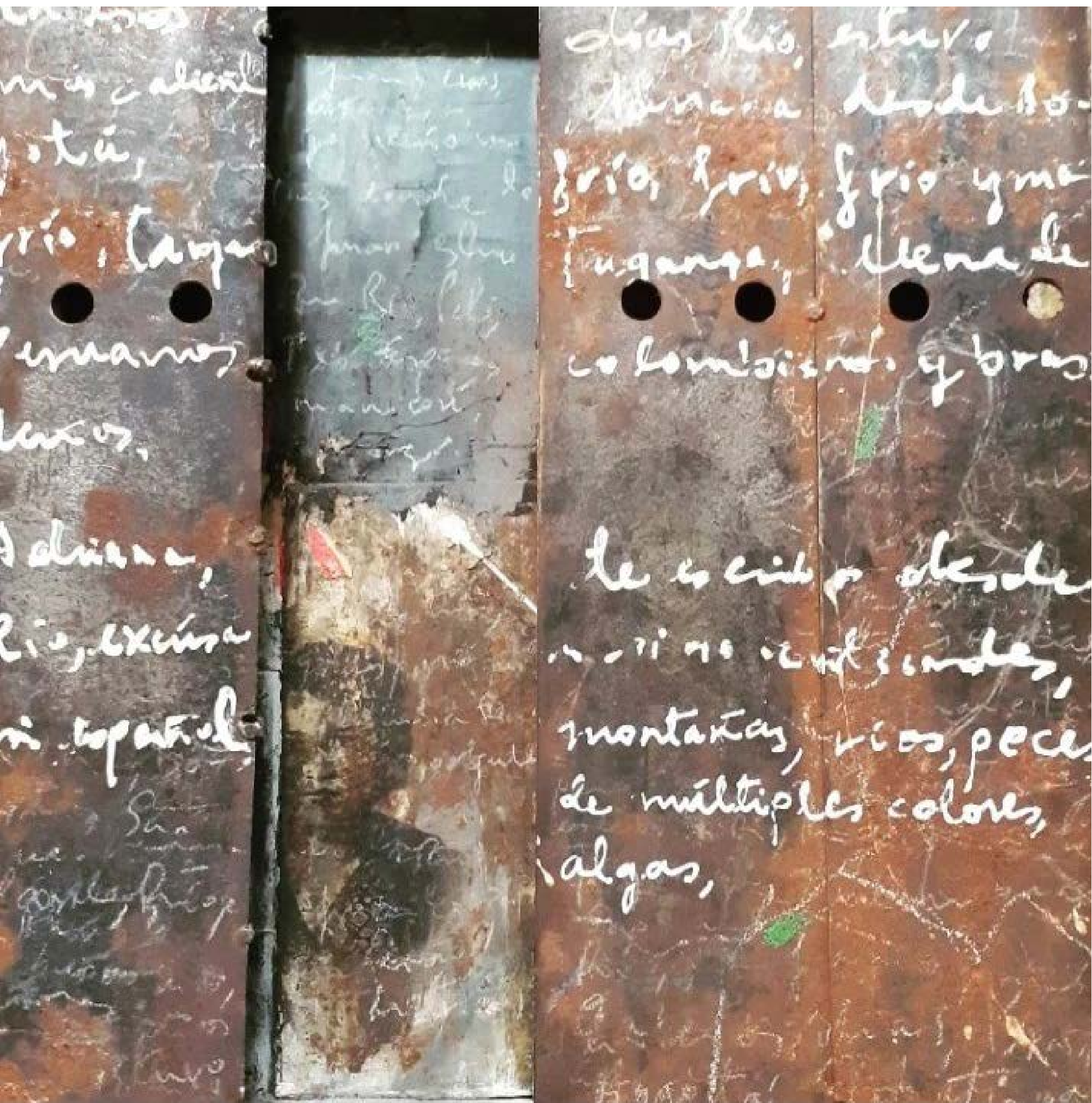
Cuando cerré el libro y me quedé mirando las reacciones de mi axolotl decidí llamarlo Florencio, en honor al segundo y poco conocido nombre de Cortázar que vendría a representar un poco ese otro mundo que siempre emerge en sus relatos para terminar por imponerse en la realidad: la escena del sacrificio indígena en “La noche boca arriba”, el universo interior de ese libro irresistible pero quizás malo que se insinúa en “Continuidad de los parques” y, por supuesto, la mirada succionadora del axolotl.

El hermoso clima que siempre genera Cortázar se nubló un poco cuando, en medio de un nado excepcional, me di cuenta de que a Florencio, mi axolotl, le faltaba una patita. Enseguida se me vino a la cabeza la imagen del pez globo con el que Florencio había convivido quién sabe cuánto tiempo en la misma pecera y casi que sentí en carne propia el ataque del depredador.

Se me apareció la cara manchada del oriental y su voz calórica pronunciando refranes baratos. Por un momento (lo reconozco) pensé en llevar de nuevo a mi axolotl a la veterinaria. No tanto por no aceptar su falla sino más bien para ubicarlo al Confucio de Villa Crespo. Sin embargo, en un fugaz movimiento de sus branquias de coral (tal como las describe Cortázar) él mismo me disuadió de hacerlo.

Unas semanas más tarde descubrí que la pata mutilada le había vuelto a crecer y me enteré de que una de las características más llamativas de los axolotls es, precisamente, su capacidad para regenerar miembros. Pero para mí fue una verdadera sorpresa porque esa es una de las pocas cosas que no se dicen en el cuento de Cortázar. Y hasta en eso vi una especie de regalo que me hacía: una metáfora perfecta del amor, un final inesperado.

Juan Pablo Bertazza nació en Buenos Aires en 1983. Es Licenciado en Letras (UBA). Publicó los libros de poesía Los que no hablan (2010), En base doble (2013), Calle Lavalle (2015), La revolución tranquila (2015), La revolución de terciopelo (2017, traducido al checo como Na prahu Prahy) y el libro de ensayos La furtiva dinamita (2014) sobre la polémica historia del Premio Nobel de Literatura. En 2017 ganó la beca Praga Ciudad de la Literatura para escribir su primera novela Síndrome Praga (Adriana Hidalgo), traducida al checo. En 2019 fue uno de los escritores latinoamericanos invitados a la Feria del Libro Svět knihy. En 2021 publicó su segunda novela Alto en el cielo (Adriana Hidalgo). Actualmente, trabaja en Radio Praga Internacional y realiza un doctorado de literatura en la Universidad Palacký de Olomouc, República Checa.



La cita

Omar Moreno

Dedos fríos tamborileaban en los tejados que dan a la Plaza de Bolívar; algunas palomas y tres fotógrafos se guarecían de la lluvia en las escalinatas de la Catedral.

Repasó el recorte del empleo, estaba a una cuadra. Por esos días aparecieron los sueños. Había uno con un río y un tigre que se bañaba y un cazador musculoso que la arrebataba de la fiera como si fuera Indiana Jones, y le tapaba los ojos. Ella se reía tanto que se orinaba en el sueño. Avergonzada, se secaba en el baño.

Pero ella no quería saber nada de hombres; estaba harta de sus mentiras. A todos los que conoció a través de la revista Los corazones solitarios, a todos los terminó odiando. Encabezaba la lista Javier Solís; seguía Jaime Izquierdo, que para colmo de males era zurdo, y la terminaba Luis Flórez, sucio y misógino. "Javier Solís" era el seudónimo con el que firmaba sus cartas. "Tuyo para siempre. JAVIER SOLÍS". Con su nombre siempre en mayúscula. Lo imaginaba alto, mono, zarco, como los actores de las películas gringas. Por diciembre, si no recuerda mal, le envió tres fotos: en una aparecía él; tenía cejas espesas y un mostacho salvaje bajo una nariz aguileña.

Trabajaba de acomodador en un cine, en Tunja, y escuchaba boleros —para respaldarlo le enviaba dos fotos con una cerveza, junto a una rocola.

A los pocos días tuvo un sueño premonitorio: caminaba por el barrio Las Aguas, angustiada, por entre los carros. Entraba al café Hispania; se sentaban y tomaban dos tintos. De pronto, Javier le arrebatava el paquete de cartas, corría hacia la carrera Décima y desaparecía por los vericuetos de San Victorino, entre payasos pérfidos y ancianas libidinosas.

Siete años después, don Nicanor tuvo que arreglar la máquina de coser, y encontró las fotos de Javier. Tenían las esquinas comidas por la humedad, y el sello de Fotografía Hispania. Era él, con su sonrisa dulce y sus ojos despistados; sentado ante la misma rocola agarrando la misma cerveza con su mano bífida.

Ella sintió un escalofrío, pero decidió buscarlo. Vendedores de sándalo, de medias, de boleros lacrimosos, de CD piratas, de calzones amarillos, rosados, verdes, todo a mil, todo a mil, cruzaban por la ventanilla del bus que la llevaba al Centro. Entró empapada al local; un negocio vetusto atendido por los nietos de los dueños. Les mostró las fotos.

—Te vas a casar. De modo que ya lo decidiste.

—Sí.

—¿Cuántos años tiene? —murmuró el abuelo desde la Singer.

—Cuarenta y cinco.

—Está muy viejo. ¿Le dijiste tu edad?

—...Lo que te he contado es hermoso; es amor, pero tengo miedo de que se venga abajo, de que él me rechace. Yo puedo vestirme mejor, más a la moda... Debí cuidarme, seguir esas dietas que anuncian las revistas, debí seguir el consejo de Laura Acuña. Hacer ejercicio..., no sabes lo que es la soledad, no sabes qué es vivir cómo estoy viviendo, estoy muerta... Y ahora no encuentro la carta con el bendito teléfono.

Empujó el paquete de cartas en las que le contaba sobre sus sueños, abandonado en lo alto de la biblioteca. Tosió. Se ahogaba por el polvo. Tosió. Se moría de pena, sin el brazo de Javier, sin sus palabras tan pensadas: En el fondo no hay más que amor. Cualquiera que sea.

Caminó hacia su pieza; se untó agua de colonia; buscó entre el armario.

Cuatro..., once..., quince... ¡Dios mío, qué...! Me sabía el número, me lo aprendí de memoria en el almacén... ¿Cuál es su teléfono? Es dos, quince..., quince...

—Creo que es mejor llamarlo mañana. Podría decir que viene inmediatamente y tengo los ojos tan irritados... No quiero que vea las fotos de Jaime. Además, quisiera comprarme un vestido de flores, cambiar las gafas, quitarme el bigote, bañarme... ¿Ahora me comprendes?

Lo abrazó y salió.

Omar Moreno. Bogotano. Maestro en Artes Plásticas y Visuales de la Universidad Nacional de Colombia. Grabador. Cuentista. Aborda desde la escritura expandida, historias en torno al deterioro, el abandono, la soledad; en espacios no convencionales, como plazas de mercado y talleres de mecánica. Entre las que destacan las narraciones en torno a la plaza de mercado Las Ferias, en la que instaló poemas-objeto con grabaciones de pájaros; así como el laboratorio de gráfica y escritura expandida "Descubriendo la ciudad invisible", en el barrio bogotano La Reliquia, donde se calibraron, alinearon imágenes y textos de los asistentes.

Segundo lugar, en el 2011, concurso Grandes contadores de historias, Fundalectura. Seleccionado por Idartes y Taller Virtual de Escritores para la antología Letras Emergentes, en el 2021. Formó parte de la publicación cartonera Palabra, pluma, papel. Escritores de Engativá, en el 2022. Escogido para integrar la antología internacional de microrrelatos 2023, La minúscula cuerda floja, editada por la revista chilena Brevilla; así como para la publicaciones El Narratorio y Plesiosaurio.



Partir

Gabriela Cuomo

Somos soledades en convivencia dijo una vez la filósofa y ensayista española María Zambrano.¹ Nos guarecemos de la soledad en esa narración de la convivencia que llamamos historia. Y forjamos entonces ese extraño objeto que es la memoria. Un objeto que podemos cuidar, o denostar, estrujar y dejar en desuso. Pero entonces nos volvemos autómatas, condenados a lo idéntico; porque sólo el caleidoscopio de la memoria nos permite inventar el presente, soñar el futuro; extrayendo del pasado (ese tiempo que se cierra para ya no ser) rastros, profecías, maldiciones, y también posibilidades por-venir.

Dejemos que Benedetti nos lleve por esa vía en *El olvido está lleno de memoria*,² con su poema *Ese gran simulacro*:

(1) Zambrano, M., *Persona y democracia*, Alianza Editorial, Madrid, 2019.

(2) Benedetti, M., *El olvido está lleno de memoria*, Visor, Madrid, 1995.

Ese gran simulacro

Mario Benedetti

Cada vez que nos dan clases de amnesia
como si nunca hubieran existido
los combustibles ojos del alma
o los labios de la pena huérfana
cada vez que nos dan clases de amnesia
y nos conminan a borrar
la ebriedad del sufrimiento
me convengo de que mi región
no es la farándula de otros
en mi región hay calvarios de ausencia
muñones de porvenir/arrabales de duelo
pero también candores de mosqueta

pianos que arrancan lágrimas
cadáveres que miran aún desde sus huertos
nostalgias inmóviles en un pozo de otoño
sentimientos insoportablemente actuales
que se niegan a morir allá en lo oscuro
el olvido está tan lleno de memoria
que a veces no caben las remembranzas
y hay que tirar rencores por la borda
en el fondo el olvido es un gran simulacro
nadie sabe ni puede/ aunque quiera/ olvidar
un gran simulacro repleto de fantasmas
esos romeros que peregrinaran por el olvido
como si fuese El Camino de Santiago
el día o la noche en que el olvido estalle
salte en pedazos o crepите/
los recuerdos atroces y los de maravilla
quebrará los barrotes de fuego
arrastrarán por fin la verdad por el mundo
y esa verdad será que no hay olvido.

Continuar

Patricia Martínez Bin

Rinoceronte presenta una nueva novela inédita: Almudena, de Juan Pawlow. Hoy compartimos el primer capítulo y continuará cada domingo.

También anunciamos que nuestra página tendrá una nueva sección: La biblioteca. Una biblioteca no puede faltar jamás, nosotros iremos armando nuestra biblioteca con las novelas inéditas que vamos publicando, para que queden ahí, a la mano de quién guste curiosear y tal vez, por qué no zambullirse en la lectura.

Conversando con Juan sobre Almudena, me pregunta- qué te pareció lo que responde en el reportaje- y nos pusimos a hablar de Almudena cómo hablan dos amigos de una conocida en común, así es Almudena, llegó para quedarse entre nosotros.



Capítulo I

Su determinación debía imponerse sobre sus dudas. Ese era su propósito. La realidad se presentaba de otra manera. Siempre sucedía lo mismo, tras un primer momento de certeza, de confianza ciega en el acto que estaba a punto de realizar -aún cuando, como en este caso, no fuera más que el producto de una corazonada-, seguía una gran desazón, que comenzaba -ya tenía prácticamente estudiado el proceso con un leve desgano, con un tinte de malhumor, entonces aquella que parecía una idea tersa y suave, indubitable, comenzaba a mostrar sus rugosidades. Y ya la seguridad no era inconmovible. Estaba en eso, las primeras nubes aparecían a lo lejos, y lo sabía bien, muy pronto serían negros nubarrones, una auténtica tormenta amenazaría en el horizonte, hasta que al fin se desataría dentro de su cabeza. La duda era un estado tan arraigado en él, que fuera el hecho que fuera, -tanto algo intrascendente como algo importante- llegado el momento se presentaba. Vacilaba; aunque su decisión debía prevalecer, en ello cifraba su esperanza, tenía que mantener la firmeza del primer movimiento y no ceder. Porque ya había comenzado a dudar y ya estaba reconsiderando su idea original se preguntó qué hacía allí, en un segundo la indecisión lo tomó por entero. No tenía que ceder, se empujaba a sí mismo y a sí mismo se detenía. Y no cedió, aunque más no fuera por la propia inercia con que venía que llevó a su dedo a oprimir el timbre buscado. Lo llevaba allí una

loca intuición, o más bien el aferrarse a una esperanza, el poder sostener una pequeña llama de ilusión. No cedería, no cedería, ya estaba allí. La espera fue corta, lo que contribuyó a interrumpir la incertidumbre acerca de su acción, entonces se abrió la puerta y se detuvo el avance de los nubarrones; atravesó el umbral. Al menos por un rato la tormenta se disiparía. Ya estaba allí. Su apuesta desesperada -porque la consideraba perdida de antemano- comenzaba a jugarse. ¿Con qué resultados? No lo sabía. No esperaba nada aunque esperase todo.

... Continúa cada domingo un nuevo capítulo en novelas inéditas por entregas.

En la Yapa la novela completa en PDF.



Ensayar

Daniel Ripesi

Diálogo de poetas
contrariados
Anfitrión de esta
fantasía

Hay un juego que las palabras sólo juegan a cierta distancia de nuestras intenciones: el de la creación. Entonces ellas dicen sus novedades, entonan alegrías o murmuran tristezas. Como sea, incrementan el territorio vasto del lenguaje, generan sorpresas, inventan sentido. Sin embargo, cuando esa frágil posesión que tenemos de las palabras empieza a esbozar –por más tímido que esto sea- un intento de dominio, las veremos tornarse rebeldes, indóciles, a veces dañinas y extremadamente hostiles. Nosotros, apenados y ofendidos, viéndolas escapar así de nuestras certezas, argumentamos una justificación que no hace otra cosa que aumentar el bochorno: “-nos decimos- Hoy están imprecisas...”.

Lo decimos –y ellas nos perdonan- porque les apena vernos tan tontos. Entre las palabras y nosotros hay un secreto que disimulamos bastante mal: y es que son ellas las que nos pronuncian más que nosotros a ellas... Las palabras son misteriosas y nosotros, sus meros locutores, demasiado previsibles. Hace unos días Octavio Paz ¹ se cruzó con Adélia Prado y pude escuchar el siguiente diálogo que quizás ofrezca alguna luz al enigmático tema de las palabras: Dijo Octavio Paz, no sin imponer a las inflexiones de su voz cierta cadencia seductora, como quien habla queriendo atrapar algo con las palabras:

“Quizás las cosas no son cosas sino palabras: metáforas, palabras de otras cosas ¿Con quién y de qué hablan las cosas-palabras. (Esta página es un saco de palabras-cosas) Tal vez, a la manera de

las cosas que hablan con ellas mismas en su lenguaje de cosas, el lenguaje no habla de las cosas ni del mundo: habla de sí mismo consigo mismo” ²; Adélia, ³ por su parte, le ofreció estos versos – dichos con piadosa feminidad-:

*Lo que existen son las cosas,
no las palabras. Por eso
te escucharé sin cansarme recitar en búlgaro
como podría mirar durante horas montañas o
nuves.
Señales valen palabras,
palabras valen cosas,
cosas no valen nada.*⁴

De pronto apareció Paulo Leminski ⁵ que los había escuchado a la distancia y se cruzó interesado y dispuesto a opinar. Se peinó los bigotes un largo rato y, todavía con ese aire de extranjero extravagante que lo caracterizaba, aportó su propia experiencia de poeta: Miren –dijo- un día...

*Ordené a la palabra rimar,
ella no obedeció.*

*Habló en mar, en cielo, en rosa,
en griego, en silencio, en prosa.
Fuera de sí parecía,
la sílaba silenciosa.*

*Le ordené a la frase soñar,
y ella se transformó en laberinto.
Al hacer poesía casi puedo sentir eso.
Dar órdenes a un ejército,
para conquistar un imperio extinto. ⁶*

Adélia se alejó sin agregar nada más, y con graciosa marcha se perdió por la esquina, Octavio Paz fulminó a Leminski con una mirada llena de reproche por su inoportuna intromisión y Leminski creyó haber soñado aquella escena cuando más tarde pudo recordarla. Yo me quedé tomando unos mates más en la puerta de calle, después me fui para adentro silbando bajito.

(1) Octavio Irineo Paz Lozano[2] (Ciudad de México, 31 de marzo de 1914-ibidem, 19 de abril de 1998) fue un poeta, ensayista y diplomático mexicano, conocido por ganar el Premio Nobel de Literatura en 1990 y el Premio Cervantes en 1981. Se le considera uno de los más influyentes autores del siglo xx y uno de los más grandes poetas de todos los tiempos.

(2) O. Paz El mono gramático, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1974.

(3) Adélia Luzia Prado Freitas (Divinópolis, 13 de diciembre de 1935), más conocida como Adélia Prado, es una escritora, poetisa y profesora brasileña.

(4) El nacimiento del poema –fragmento- Adélia Prado, O pelicano, Ed. Rocco, Rio de Janeiro, 198.

(5) Paulo Filho Leminski (Curitiba, Paraná, 24 de agosto de 1944 - Ib., 7 de junio de 1989) fue un poeta, novelista, traductor y biógrafo, uno de los poetas más influyentes en la poesía de Brasil desde los años ochenta hasta hoy.

(6) Desencontrarios, en Distraídos venceremos, Ed. Brasiliense, São Paulo, 1999

Celebrar

IMBORRABLES

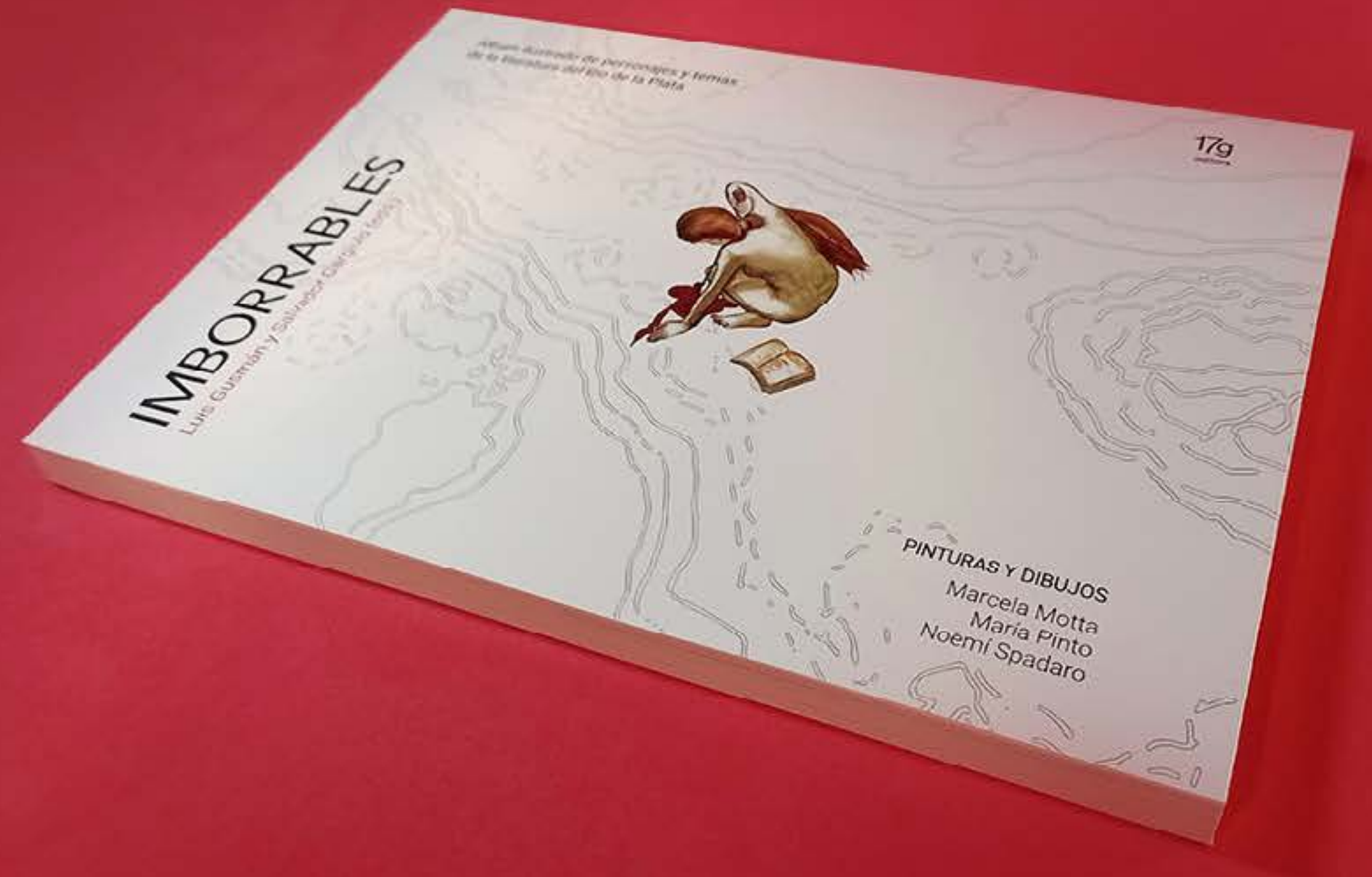
Paula Ripesi

¡Imposible no celebrar la aparición de un libro como Imborrables! Singular desde la forma: Álbum ilustrado de personajes y temas de la literatura del Río de la Plata dice en la tapa.

En NOTA DEL EDITOR Salvador Gargiulo dice: “Alguna vez tratamos de argumentar, en ronda de amigos, qué circunstancias volvían imborrables a ciertos personajes;...

“Como aquellos álbumes de la infancia donde siempre faltaba una figurita para completarlo. Pero nada impide la ilusión de seguir juntando” dice Luis Gusmán en la INTRODUCCIÓN.

Coincidimos con Gargiulo cuando dice que Imborrables logra hacer de un libro un bello objeto, máximo galardón al que puede aspirar el papel impreso.





TILO

CÉSAR AIRA
por Mercedes Gúraldes



María Pinto

En el centro de *El tilo*, de César Aira, hay dos niños, un árbol y una palabra. Uno de los niños, el narrador, ya no lo es, pero recuerda su infancia en Pringles. Ese recuerdo es esta novela, que él llama crónica. El otro es un niño legendario, lomborghiniano: el Niño Peronista. Este último, cuenta el narrador, se refugiaba en la copa del tilo que estaba en el centro de la plaza principal de Pringles. Ese árbol venerable y gigantesco era una aberración, aunque grandiosa, única e irrepetible.

Por una compleja serie de malentendidos, sucedió que el tilo fue volado por un grupo de fanáticos que confundió al niño con un gorila. La leyenda se volvía fábula, pero literal —¿acaso los gorilas no viven en los árboles?—, y el tilo tuvo que ser derribado. Una confusión lamentable, absurda. Un mundo al revés, donde peronistas y antiperonistas intercambiaban posiciones. La escena del derribamiento del tilo perseguirá para siempre al niño narrador, nacido en 1949, en el climax del peronismo. “Ese tam tam del hacha he seguido oyéndolo todo el resto de mi vida”.

Pero el tilo no era solo refugio para niños perseguidos. Sus flores amarillas, y solo ellas, tenían la propiedad de calmar al padre del narrador, un hombre nervioso, siempre al borde del estallido, cuyo nombre es precisamente Tilo. El padre es Tilo. El origen de ese estado nervioso lo supo el narrador accidentalmente un día, cuando siendo adolescente escuchó a dos vecinas chismosas llamar a su padre “negro inmundo”. Es decir que su padre era un miembro de la clase trabajadora, esa que el peronismo había venido a rescatar y la Revolución Libertadora a silenciar, como si el deseo proletario de volverse clase media hubiese sido un sueño vergonzante, “tan impúdico como una fantasía sexual”. La incongruencia entre su condición de negro peronista y la de su mujer de clase media, blanca y antiperonista, estaba en el origen de ese nerviosismo del padre que nada, salvo las flores del tilo, conseguía apaciguar. El hijo comprendió que sus padres están en mundos distintos, irreducibles. “Todos tenemos una historia política así

de confusa y paralizante: por lo menos, todos los argentinos la tenemos”. Una de esas interminables tardes del verano pringlense, en la oficina del contador donde hacía changas, el narrador tiene otro descubrimiento que asumirá para él la fuerza de una revelación. Ahí, sobre la madera del mostrador, frente a él, como por arte de magia, como un nuevo Mane Thecel Fares, “en el sitio exacto donde yo podría haberla escrito”, apareció escrita una palabra que, para entonces, ya era una palabra prohibida: Perón. Esa palabra se convertirá para él en una alegoría, pero una alegoría real, como las flores amarillas del tilo para su padre.



Norma Speduto

VAN HUTTEN

ABELARDO CASTILLO
por Bruno Gargiulo

Estanislao Van Hutten se cansa con facilidad. Le cuesta hablar mientras sube las escaleras de piedra. Arriba lo espera el cementerio de La Cumbrecita. *Stat crux dum volatur orbis*: la bienvenida al camposanto. “La cruz firme mientras el mundo cambia”. El lema de la Orden Contemplativa de los Cartujos. En ese lugar, Estanislao Van Hutten visita su propia tumba. La muerte fraguada. Acaso por temor o por pereza.

Ahora Estanislao Van Hutten es otro. La Cumbrecita se empeña en legitimar su anonimato. Es alguien sin nombres ni fechas. Un filólogo uruguayo que ya no persigue descubrimientos. Un hombre cansado con la capacidad de quebrar la historia de la humanidad en dos. Tiene las manos curtidas, la frente arrugada y la risa ronca.

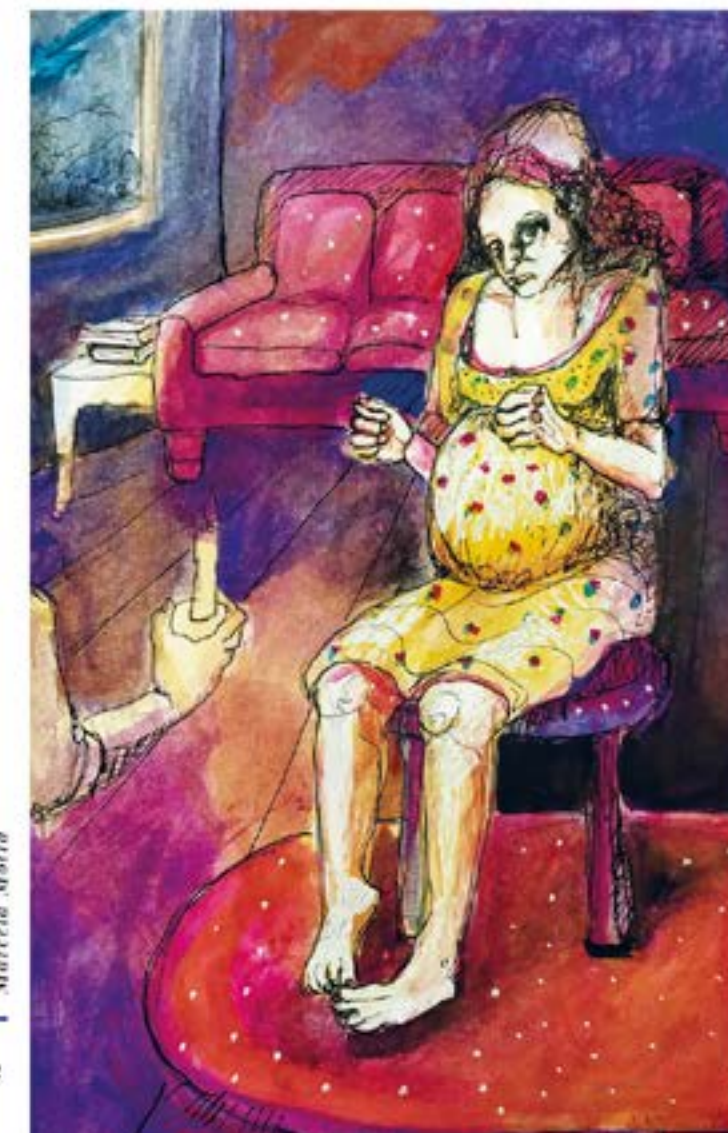
Su hogar incrustado en la montaña no admite visitantes. Allí pasa sus días entre puentes y acantilados. Entre Pascal y Balzac. Atrás quedaron Quimrán, el valle de Judea, Nag Hammadi y los rollos del Mar Muerto. Habita junto a su mujer la simpleza de un verano sin advertencias. Su espacio ya no es el fuego ni el desierto: en su viaje no faltaron los prodigios pero ya no permite que el mundo lo alcance.

Estanislao Van Hutten es un hombre con un secreto y ésa es su historia.



KITTY

CÉSAR AIRA
por Claudia Melnik



Marcela Matto

Kitty funciona a fuerza de luz, sin electricidad sus circuitos se apagan, o entran en una latencia casi zen, suspendida, y el día y la noche también alterados porque cuando duerme canta o deambula y cuando el día y su refulgencia, no lee. Tan ineludible como su “casita de cristal” que dejar no puede, avanza su embarazo. El magnetismo de Kitty es su apagamiento.

Una niña sonámbula que perdura en esa intermisión, noctambulismo que escapa del sueño en una marcha errática, una mujer que se detiene en vigilia por falta de luz. La oscuridad de la noche la pone en marcha y la luz que se corta en el día la paraliza. Con los ojos cruzados, Kitty se baña, descalza y duerme en el pequeño ataúd de seguridad que la interrupción de corriente eléctrica le abastece.

Muerta en vida, viva en sueños. ¿Hay en Kitty una pausa o es pausada por cierta supremacía? Kitty es como un pequeño electrodoméstico en pánico que, conjurado, se excluye del acontecer. Parece apagarse para entrar en su zona de máxima luminosidad, pero el cese en Kitty: ¿estrategia de inmovilidad tónica ante el peligro de vivir a oscuras?

Kitty transformadora de la lógica, no es un pez eléctrico —los llamados tronadores del Nilo—, ni ámbar frotado con lana, no produce descargas ni electrocuta; sin su carga lo único que transcurre es la vida intrauterina de su bebé.

“Un misterio sin enigmas, como los relámpagos”.

Entendemos que esa transformación del libro al bello objeto requiere de las palabras y las imágenes que lo conforman, como así también del modo que tienen de habitar en el papel y ese es el trabajo del diseño que estuvo a cargo de nuestra compañera Paula Ripesi, a quién le pedimos nos cuente su paso por esta experiencia imborrable.

Celebramos así a Imborrables y compartimos las palabras de Paula:

Me contactó Noemí Spadaro para contarme sobre el proyecto de un libro que estaba comenzando junto a Luis Gusmán y Marcelo Gargiulo. Nos conocimos por ese entonces a través de la pantalla. Estábamos en plena pandemia pero no impidió que regularmente nos reunamos virtualmente cada domingo para avanzar en el álbum.

El diseño de este libro fue afectado por la situación que estábamos viviendo ese año en particular en relación al tiempo, la percepción del mismo, las nuevas rutinas, etc.. Tuve la posibilidad de ir y venir, de probar distintas opciones de formato y diagramación.

El proceso comienza en la escucha, en las conversaciones, en el material y se traslada a mano alzada para la generación de una pauta y grilla, al tiempo que una o varias ideas las atraviesan y van modificando.

Imborrables es la forma final (o no) de un proceso que culmina en un libro-objeto. Álbum ilustrado de personajes y temas del Río de la Plata. Estas categorías en principio no cuentan con jerarquías y me hicieron pensar la estructura y formato de una manera particular. Que este diálogo entre las obras de las artistas y las siluetas de los distintos autores fuera navegado visualmente de forma panorámica y tener la posibilidad de recorrer en simultáneo imagen/texto podía aportar a la experiencia de lectura.

Fue un hermoso desafío y estoy agradecida a Luis Gusmán, Marcelo Gargiulo, Noemí Spadaro, Marcela Motta, María Pinto y Gisela Fabian por hacerme partícipe de este gran proyecto editorial.

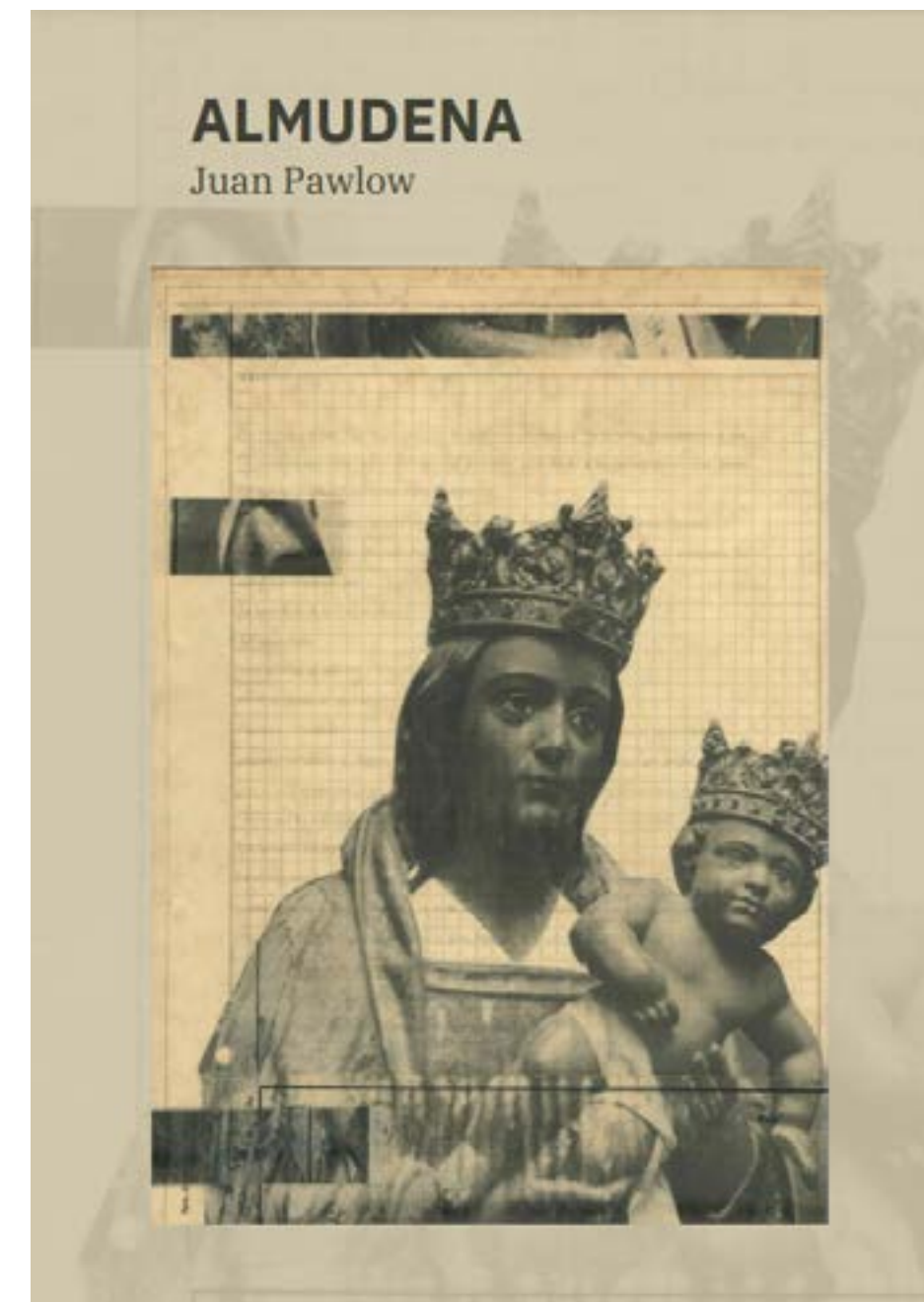
La Yapa

Axolotl, Julio Cortázar



<https://youtu.be/wR640JXLxHo>

Almudena, novela de Juan Pawlow.





nos vemos en el
número 5

FRAGILE
KEEP DRY

www.rinoceronte.com.ar

contacto@rinoceronte.com.ar

 [@revista.rinoceronte](https://www.facebook.com/revista.rinoceronte)

 [@rinoceronterevista](https://www.instagram.com/rinoceronterevista)

 [@nicenor_schiaffini](https://www.instagram.com/nicanor_schiaffini)

